

LOS JUEVES DE JOAQUIN EDWARDS BELLO

875

Andrés Bello, Diego Portales y algunos mitos de la Independencia

La familia Bello López en Caracas no alivió entusiasmo revolucionario Andrés Bello. Oficial de la Capitanía, debía servicios a los funcionarios españoles. Era la flor del régimen colonial. En la época prerevolucionaria su situación se hizo delicada.

En Chile hubo no pocos indiferentes y gran número de "godos", o partidarios de España. Según Zaplata, Portales no se apasionó por la Independencia. Casos como el suyo eran corrientes.

Muchas veces me he preguntado por qué rezones el libro de Zaplata, titulado *Requeridos de Treinta años*, magnífico libro, no gana de popularidad. La respuesta consiste en que no trata mal a los españoles, mejor dicho, cuenta lo que vio y lo que oyó, sin mentir ni pasarse. Así, por ejemplo, la figura de San Bruno, el legendario hombre malo de la época de la Reconquista, se transforma, en las páginas de Zaplata, en un excelente servidor policial, se entiende que obedece a la autoridad española. San Bruno, alegre y de buena figura, era recibido con gran cariño por algunas de las mejores familias santiaguinas. Dice Zaplata: "Los Talaveras tenían un privilegio sobre todo el ejército real. Hasta los soldados rasos gozaban el privilegio del don. No sólo los oficiales, sino individuos de tropa eran invitados por ciertas familias." Las señoritas demostraban preferencias hacia ellos. Un sargento, Antonio García Aro, casó con Tadea Reyes Sanavia. Los Talaveras, de excelente figura, solían manejar la guitarra y cantaban. La banda de tambores, de pifanías y de cornetas de los Talaveras, fue la primera que se oyó en Santiago y atrajo al público en la Plaza de Armas como hoy atrae la banda de Carabineros. El odio a San Bruno, aparte la envidia, se define en odio a la policía. Más tarde lo heredó, dice Zaplata, "el hombre más bondadoso que ha conocido, el chileno don Rafael Bilbao, a quien llamaron Arranca Brazos."

Otro español de aquellas tiempos, talismánico por los historiadores, es Marcó del Pont. Escribió de esto en octubre de 1952. Mejor que yo escribió del mismo asunto Antonio de Lezama. El señor Marcó del Pont, héroe en España, ascendido a coronel en el campo de batalla por valentía ante el enemigo, llegó a Chile y empequeñeció con sólo pisar nuestro suelo. El héroe de la guerra contra los franceses se convirtió en cobarde y afeminado. Le convertimos.

La revolución de la Independencia se prestó para dar vuelo a las malas pasiones. San Bruno, el malo, disparó el último cañón español, en la última batalla. Le dimos una muerte infame.

Claro que la novela de la Independencia, sobre nuestro uso, perdería bastante si San

Bruno apareciera como bueno y Marcó del Pont como valiente y con talento. Así no tendría lectores. El mito patriótico necesita esos peleles: San Bruno, malo, y Marcó del Pont, tonto.

Volvamos los ojos a Venezuela. La pavorosa destrucción de toda clase de valores, empezando por los del género humano, en que degeneraron las guerras de la Independencia, nos permiten suponer podridos adivinatores en aquellos que como Bello se astuvieron de actuar con armas cortantes. Los historiadores venezolanos Baralt y Gil Fortoul recordaron este hecho: los trabajos de la paz fueron sumergidos y perdidos en la mar de los hechos de armas, de los crímenes de guerras y revoluciones, con hechas a veces heroica, a veces abyectas y estériles. La historia es casi siempre una descripción de batallas, batallas y asesinatos.

Bello y Portales, más hijos del sistema colonial que de los bohíos revolucionarios, congenieron en muchos puntos. Bello expresaba con dignidad y con belleza clásica las ideas que Portales estampaba con palabras terribles. A veces el Epistolario de Portales produce repugnancia.

La niñez de Bello es muy diferente de la niñez de los conquistadores. El patriotismo de Bello era respetuoso, interno y poético, a la vez candoroso, como el amor a la madre. Es seguro que Bello no creyó en el triunfo de los revolucionarios. Más tarde, Bolívar reconoció la superioridad de Bello, uno de sus primeros maestros. Un maestro grave y severo no se hace simpático a un niño, lo cual no impide que deje honda huella en él. Más simpático fue para Bolívar el devoto Simón Rodríguez. Este despertó la parte de tunante y de calavera indispensable que dormitaba en el temperamento combativo del señorito más rico y consentido de Caracas, como era don Simónito Bolívar. Antes que maestro de Bolívar el gravoso y transformista Simón Rodríguez, o Robinson, hizo las veces de bufón, de animador y de hissela interesado. Contribuyó a conformar la parte falsa de la biografía del Libertador, mediante el vicio sudamericano de la mitomanía, en este caso, ponderativa.

Mitomanía patriota, ¡he ahí al enemigo de la verdad!

Poco antes de su muerte, Portales era odiado. Le odiaban con el odio al policía, al contralor y al juez. Le mató todo el mundo. Drama de la hipocresía. Portales había cometido el crimen de perseguir a los falsificadores, a los ladrones y a los pillares en general. Osó meter sus narices de sabueso en esa Cueva de Al Babá, como ha sido invariablemente la Aduana de Valparaíso. ¡No podía ser! Todos armanos la mano que asesinó a Portales en el Barón.

Andrés Bello, Diego Portales y algunos mitos de la independencia [artículo] Joaquín Edwards Bello.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards Bello, Joaquín, 1887-1968

FECHA DE PUBLICACIÓN

1961

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Andrés Bello, Diego Portales y algunos mitos de la independencia [artículo] Joaquín Edwards Bello.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)